



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 12854

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extra-
ño.—Tres meses 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º
y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

Redacción y Administración: Mayor, 24

MIERCOLES 5 DE NOVIEMBRE DE 1902

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras ó
fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Oumartin
61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

MUCHO OJO

El primer acto de presencia rea-
lizado esta temporada por la tri-
china ha sido en la provincia de
Murcia, en San Javier, que parece
monopolizar estos sucesos desagra-
dables. El año pasado fué la capital,
la que llamó justamente la aten-
ción, porque al aparecer en ella la
trichina quedó al descubierto el
abandono total en que estaba la hi-
giene.

Por lo que respecta al actual fo-
co, sábase que lo forman cinco in-
dividuos que se encuentran en es-
tado grave.

La circunstancia de pertenecer
todos a una misma familia y vivir
a la fuera de poblado, hace presu-
mir que el suceso no alcanzará mas
importancia. Se conoce que la fa-
milia mencionada mató una res,
esta no fué reconocida y las conse-
cuencias las sufren los mismos que
cometieron la falta.

Es muy sensible que por iguo-
rancia se produzcan daños como
el que nos ocupa; pero no es ex-
traño: hay personas que alardean
de descreimiento y tienen a gala
elegir lo contrario de lo que
aconseja la ciencia. Con decir que
el consumo de carnes de cerdo es
muy antiguo y el descubrimiento
de la trichina es modernísimo, se
quedan satisfechos cual si hubiesen
dicho una de esas verdades que no
tienen réplica.

Cuanto se haga para combatir
ese razobamiento que pone en pe-
ligro muchísimas vidas será meri-
torio. A los que de tal modo se ex-
plican hay que decirles que antes
se moría la gente de la enfermedad
llamada trichinosis lo mismo que

ahora, pero en mayor número, por
que no se había clasificado dicha
enfermedad. La trichina existía, pe-
ro no la había descubierto el mi-
croscopio y los que eran atacados
de dicha dolencia fallecían de indig-
estión ó de otra cosa al parecer,
pero en realidad de trichinosis.

Hemos dicho antes que el núme-
ro de víctimas es ahora mucho me-
nor que antes y está comprendido;
muchos y tantísimos que se pre-
ocupan como deben de la salud
pública han montado excelentes
servicios para atajar el paso del
terrible microbio y lo consiguen
victoriosamente. Como modelo de
esa vigilancia eficaz é incansable,
puede citarse a este municipio,
que alocionado por amarga experi-
encia puso todo su empeño en
evitar la repetición del daño.

Y lo ha conseguido poniendo el
reconocimiento de carnes al cuida-
do de perito tan acreditado como
el señor Mercader, que en el mo-
mento en que comienza la mata-
za de reses de cerdo se esclaviza en
el desempeño de su cometido a con-
ciencia de que un descuido suyo
puede tener fatales consecuencias.

El pueblo cartagenero se en-
cuentra perfectamente garantido
con ese funcionario. La estadística
anual acusa el paso de reses con
trichina por el matadero; pero la
que ha padecido la enfermedad que
produce el terrible microbio no es-
capa a la vigilancia de quien tiene
sobre su conciencia la responsabi-
lidad de la salud del prójimo y en
vez de salir para el consumo públi-
co, sale directamente para el que-
madero.

El caso de San Javier debe ser
como la voz de alerta, y a fin de
que tenga la mayor publicidad posi-
ble lo consignamos para estable-

cer la diferencia entre reconocer y
no reconocer las carnes muertas.

El olvido de ese reconocimiento
puede acarrear verdaderas calás-
trofes.

TIJERETAZOS

Dice un periódico:—
«Desde anteyer se habla de crisis, y
esta palabra lo sintetiza todo para un espa-
ñol de buena cepa.»

¡Oh, la crisis!

Lo que le importarán esas cosas a los
que trabajan.

Sin embargo, suena la palabra crisis y ca-
da cual deja la herramienta.

No parece sino que todos vamos a ser
ministros.

Hablando de las noticias que se reciben
de Marruecos, dice un colega de Ma-
drid:

«No hay que encarecer su importancia:
son gravísimas y su gravedad es reconoci-
da por los más optimistas entre los que
creen que el statu quo está bastante garan-
tido.»

Eso no se faltaba.

Que el infiel marroquí ponga fuego a la
mina de Europa.

Pero bien pudiera ocurrir que todo pare-
ra en una nueva representación de *Los valien-
tes*.

La verdad es que hace mucho miedo y
cualquier alboroto parece un conflicto.

Dice *El Nacional*:

«Entré todo lo que al pueblo de Madrid
se le ha robado ayer sin que se alarme, re-
presenta una mezquidat los tres robos
que lo han alarmado.»

Cualquiera desconfía el enigma si el mis-
mo colega no lo hiciera público a continua-
ción.

Y es este:

«Lo que sustrajeron mercaderes y cria-
das, no es más que esa porción del fraude
cuantioso de cada día, es negocio segura-
mente muy superior el que realizaron los
salteadores.»

Verdad, mucha verdad.

Lo que no es cierto es esto que añade el
colega:

«Pero es natural que el público, aunque
le afecte más directamente, no se preocupa
de la explotación habitual, metódica, re-
glamentada podíamos decir, tanto como
del saqueo andaz de tres domicilios en un
día y en una población.»

¡Vaya si se preocupa y vaya si lo
siente!

Pero la cosa de la criada y la merma del
peso no se hace puñal en mano como el ro-
bo de una caja ó el desahijamiento de un
cobre.

Por eso no se preocupa tanto.

¿Estamos, compañero?

APARATO para salvamento colectivo

Por creerlo de interés general y muy
particular a los pueblos marítimos como el
nuestro, vamos a dar cuenta de las exce-
lentes experiencias verificadas en la dársena
de la ciudadela del Havre con un apar-
to de salvamento colectivo de naufragos.

La idea es original del capitán noruego
Mr. Conrig, y tiene su historia como todos
los inventos.

Este capitán salvó hace tiempo en
las costas de Virginia, salvándose por un
verdadero milagro.

Desde entonces se dedicó al estudio de
los medios de salvación existentes y la ma-
nera de perfeccionarlos ó inventar uno que
fuera útil y eficaz para el salvamento de to-
do el equipo de un buque.

Sus estudios le llevaron a construir un
aparato que en modelo reducido figuró ya
en una exposición hace dos años, y del cual
hicieron los técnicos grandes elogios. Pero,
como los demás proyectos, fue desechado
porque no presentaba ciertas condiciones
de navegación rápida, exigidas por la co-
misión.

El aparato salvador ha sido ensayado ha-
ce tres días, como decimos, en el Havre y
he aquí su descripción.

Es una esfera vaciada en plancha de ac-
ero de 2'50 metros de diámetro guarnecida
en el interior por cuerdas y corcho, desti-

nados a amortiguar los choques exteriores.
Se penetra en el aparato por aberturas
ó huecos estancos, colocados en la par-
te superior.

En el interior hay una banqueta circular
por debajo de la línea de flotación, capaz
para seis asientos y constituida por cobre
con viveres y vajillas de agua dulce, que
además sirven de lastre para asegurar a la
esfera una estabilidad absoluta. Un siste-
ma de bomba permite mantener el agua dulce
por agua de mar, cuando aquella se acaba,
para restablecer el equilibrio.

En la parte superior tiene una chimenea
de ventilación, con cierre automático y her-
mético. Además el aparato está provisto
de un utensilio de bando, una vela de arpo,
límbon y quilla de derivación.

Asideros exteriores permiten a un nau-
frago agarrarse a esta boya especialísima.

Las experiencias han dado buen resul-
tado.

El aparato se encuentra sobre el puente
del atopeter, «Kong Alf», a cuatro metros
más alto que el agua.

Disciplinados, pocas personas en la es-
fera, entre ellas una señora, y cada una se
afloja por la cintura al banco interior.

El capitán cerró todas las aberturas y
dió tres golpes sobre la pared del apa-
rato.

Los marineros le dejaron rodar, notando
los viajeros una sensación emocionante y
cómo se hundía en el mar.

Después abrió la esfera bruscamente a la
superficie y su inmovilidad demostró que
flotaba.

La respiración se hizo fácilmente y ni
una gota de agua penetró en la boya,
probándose que podía servir perfectamente
para el salvamento colectivo.

En caso de peligro, un buque, no hay
más que meterse en la esfera y dejar que
el barco se hunda; ella flotará.

Pintada de blanco se ve desde larga dis-
tancia y además lleva viveres para seis se-
manas.

El feliz inventor ha marchado con su
aparato a bordo del «Kong Alf» para lan-
zarlo con él al agua en el paso de Calais y
realizar en Dover.

Esta será la prueba definitiva.

Probad el Licororo de HENRI GARNIER y C.

53

EM CABECILLA ESTUCHES

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 52

dencia con los príncipes, hombres leales atravesaban
el mar de noche para recoger en Inglaterra despachos
ó instrucciones que traían a la costa de Francia. En-
tre los más intrépido se había distinguido uno por su
audacia, su sangre fría y su destreza incomparables:
era el cabecilla Destuches.

«No he de contarle a usted el cabecilla. Usted
mismo decía hace un instante a mi hermano que le
conoció en Londres, y le llamaban *La bella Elena*, no
sólo por su rapto, sino también por su belleza; porque,
si recuerda usted bien, poseía una belleza casi feme-
nina, con aquel outis tan blanco y aquel pelo rizado
que parecía empolvado, de rubio que era. A mí nunca
me entusiasmo mucho aquella hermosura, de que se
había lenguas todo el mundo, y que envidiaban algu-
nas mujeres, aquel rostro delicado de Angel de misal.
Yo me burlaba a menudo de las admiraciones entu-
siastas de las señoritas de Touffedelys y de otras mu-
jeres jóvenes de aquel tiempo, que miraban el caba-
llero de Langotière como un milagro, y no hubiera ti-
tubado en llamar a *La bella de las bellas*, como se decía,
en la época de la Fronda, de la duquesa de Montba-
zeu. Por supuesto, al bromearme, no olvidaba que
aquel lindo palmito de doncella osadora, ocultaba el
alma de un hombre, que bajo aquella fina piel había
un corazón de cobre y músculos como maromas... Me
acuerdo de un día que lo tildéres inocentemente de

el respeto a los nobles venían muy en segundo térmi-
no después de su conveniencia.

«Esas gentes no entienden de más interés que sus
intereses, me decía, despechado, el cabecilla, que no
era de Normandía. Y añadía M. de Montresnel: «Si la
carne de azul se hubiese vendido al precio de la caza
en los mercados de Carontan ó de Valognes, seguro
es que los muy posmas se habrían despavilado y ates-
tado sus morrales, matando republicanos desde cada
secondrijo de los restos, como mataban patos salvajes
y cercejas en los pantanos de Néhou.»

«Vuelvo sobre todas estas cosas, señor de Fierdrap,
aunque usted las sepa tan bien como yo, porque en-
tonces no estaba usted allí como nosotros; y antes de
entrar en mi historia, me veo obligada a recordarle
lo que pasaba en esa parte del Cotentin hacia fines de
1799. Desde la muerte del rey y de la reina, y desde
que la guerra civil había dividido a Francia en dos
campos, jamás nos habíamos sentido los realistas, si
no oyo menos valor más abatidos por lo menos... El
desastre de la Vendée, la matanza de Quiberon, el
triunfo de la ehuquería de Maine, fueron la muerte
de nuestras más queridas esperanzas, y, si aún insis-
tíamos, era por el honor, como para justificar el dicho
antiguo de que «muy lejos va el que está cansado».
N. de Frossé, que se había negado a reconocer el tra-
tado de la Mabilais, seguía manteniendo correspon-

HISTORIA DE LOS DOOS

IV

MIENTRAS usted pescaba truchas en Escocia, se-
ñor de Fierdrap, y mientras mi hermano, to-
do un representante de la grave Borbona, vestido de
espartaco, andaba cazando zorros por los dominios de
nuestro gracioso primo el duque de Northumber-
land, estas señoritas de Touffedelys, que a título de
castellanas muy queridas de las gentes de sus tierras
creyeron poder dispensarse de emigrar, también que